



## PÁGINA TERESIANA.

De la Revista publicada por el Padre Taylor, devoto de la Virgen de Lourdes y de Santa Teresita

*Continuacion.*

Hé aquí ahora la historia de “tres rosas” reunidas en una sola. El caso es muy notable: es de una niña protestante de cuatro años y medio, Gladys King, de Leith cerca de Edimburgo. La niña, después de una meningitis, quedó sorda y la pierna izquierda atrofiada. La pobre había estado diez y ocho meses en un hospital; pero sin mejorar. Después fué sometida por algún tiempo a masajes, y por fin, trasladada a una clínica, fué sometida a los rayos ultravioletados, pero siempre sin resultado. Finalmente el doctor de la familia aconsejó a los padres cesasen ya los tratamientos, diciendo que eran inútiles, que no había esperanza alguna de curar la pobrecita, que los gastos por los tratamientos era dinero perdi-

do.

—“Si los médicos no pueden nada,” dijo un amigo de casa, “¿por qué no conducen VV. la niña a Carfin?”

Como dijimos, toda la familia de Gladys era protestante; sin embargo la Señora King, con el consentimiento de su esposo, condujo la niña a la gruta el primer domingo de Mayo, 1929. Ya eran tres años que la pequeña no había articulado ni una sólo palabra. Tampoco andaba, si no más bien se arrastraba cojeando miserablemente. Aun cuando estaba sentada, se veía que su cuerpo estaba deformando.

Una vez llegada a la gruta, Gladys fué bañada en la piscina, y según la Señora de King, ya desde el primer baño, su hija se

sentía mucho mejor: su marcha parecía más fácil; por eso la madre llena de esperanza condujo la niña al altar de Santa Teresita del Niño Jesús. Allí un sacerdote bendijo a la pequeña Gladys con la reliquia de la Florecita. Inmediatamente Gladys se levantó y anduvo algunos pasos: la marcha le era fácil, su pierna izquierda estaba normal. La feliz madre no pudo contener un grito de sorpresa y la amiga que la acompañaba, por respeto al Santísimo Sacramento, tuvo que detenerla en la explosión de su alegría. Quién describirá la emoción del Señor King cuando en la estación de Leith, a donde había ido para recibir a su esposa e hija, vio a la pequeña corriendo hacia él para echarse entre sus brazos. Juntos volvieron a pie hasta la casa: el padre a cada momento estrechó a su hija contra su pecho y casi no podía creer lo que sus ojos contemplaban. La pequeña estaba curada y después de poco tiempo su pierna izquierda estaba tan robusta como la derecha.

Desgraciadamente Gladys quedaba muda. Con gran confianza los padres la condujeron por segunda vez a la gruta de Carfin

hacia el fin del mes de Agosto, pero el contacto de la reliquia en la garganta y los labios quedó sin efecto.

Al día siguiente la Señora de King dijo en alta voz a su hija mayor Irena: "Vamos al cine". Inmediatamente la pequeña Gladys, rompiendo el silencio de tres años, exclamó: "Oh, no, Mama, no está bien ir a aquel cine". "¡Dios mío!" exclamó la madre, "¿es Gladys que ha hablado?" Efectivamente era Gladys la muda que había pronunciado estas palabras y se puede decir que Santa Teresita había puesto estas palabras en los labios de la niña.

La cura estaba completa, pero Santa Teresita que devuelve la salud a los enfermos para que "Dios sea amado" según su promesa, debía completar su acción benéfica conduciendo toda la familia al seno de la verdadera iglesia.

El 17 de Noviembre 1929, el Reverendo Padre Taylor tuvo la dicha de bautizar a toda la familia King; "finis coronat opus," el último favor era la corona de los dos milagros.



## Santa Teresita Detiene Un Tren Cerca De Manizales

Hacia tiempo que un enfermo sufría en cama sin esperanza.

A los dolores del cuerpo se añadía la desesperación del alma, pues

era incrédulo, y en sus horas de martirio blasfemaba contra Dios que así le hacía sufrir.

Por buena suerte tenía a su lado

un ángel, una joven piadosa que no podía resignarse a ver perderse para siempre a un ser tan querido.

Vanos eran todos sus ruegos y exhortaciones y lágrimas.

Por fin, el enfermo, vencido por la constancia del celo santo y ardoroso, promete que se confesará, pero con el párroco de Villamaria, padre Teodoro Jaramillo.

No hay obstáculo para las almas intrépidas, dominadas de altos ideales.

¡Qué provocativa conquista!

Funciona nerviosamente el teléfono. “Padre Jaramillo: urge que venga usted inmediatamente. El enfermo accede a confesarse; pero ha de ser con usted”.

El párroco se dirige a la estación. Su paso es acelerado como el de Jesús cuando iba a Jerusalén. Está cerca de la Estación. Pero, oh desgracia! El tren sale antes de que pueda subir a él. El padre, preso de angustia y desconsuelo, ya ve perderse un alma. En ese momento de dolor infinito dirígese a la Santita Misionera y le pide

que remedie su gran desgracia y la desgracia del alma del enfermo.

Apenas ha salido el tren con la majestad acostumbrada, el maquinista pita desesperadamente; repite con mayor esfuerzo las pitadas y, por fin, paróse el tren. El Padre Jaramillo, volando más que andando, llega al tren; el corazón le da un vuelco de felicidad.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué pitó y paró en seco el maquinista? Figúrense, decía él, que una monjita con los brazos extendidos se interpuso en la carrilera y no quería retirarse a pesar de mis ensordecedoras pitadas. El maquinista creyó ser una monja loca escapada de un convento. El Padre Jaramillo sí, podía decir quién era aquella imprudente monjita que el maquinista identificó al presentarle la fotografía de la gran Santita de Lisieux, Teresita del Niño Jesús.

Pereira, 27 de julio de 1930.

**Eleuterio Nebreda, C. M. F.**

